

El año 2001 concluyó en un ambiente de preocupación y de temores con respecto a la evolución de las relaciones internacionales globales. En el plano económico, la recesión mundial es un hecho evidente y muy pocos son los economistas que creen en una recuperación a breve plazo. El conservadurismo domina actualmente la toma de decisiones socio-económicas en el mundo, y el movimiento internacional laborista y progresista, cuestionador de la globalización neoliberal, no logra contrarrestarlo eficazmente. En lo político y estratégico, la victoria militar norteamericana en Afganistán no significa que el terrorismo transnacional haya sido derrotado definitivamente y no vaya a golpear de nuevo donde y cuando menos se espere. Asimismo, se teme una extensión de la guerra antiterrorista a otros países y regiones. El deprimente conflicto israelo-palestino no deja entrever, en lo inmediato, ninguna perspectiva de solución pacífica. En el Sur de Asia, la tensión militar entre dos estados poseedores de armas nucleares ha abierto posibilidades aterradoras. Sólo Europa, y tal vez Rusia y China han logrado algunos avances positivos en los últimos meses del año 2001.

En las Américas, el cuadro no es tampoco alentador. La recesión económica y la tendencia política conservadora y represiva del Norte ha comenzado a influir sobre el conjunto latinoamericano y caribeño en forma potencialmente traumática, a la vez que desde el Sur nos afecta la grave crisis argentina. En medio de este ambiente general tan inquietante, el curioso régimen venezolano plantea conflictos anacrónicos y no ofrece propuestas claras.

DEMETRIO BOERSNER

Una recesión mundial sin diagnóstico ni terapia

Las previsiones económicas para el año 2002 son pesimistas en general. Cada día se dan nuevos cierres de empresas grandes y pequeñas. Hace muy poco, la Enron, gigantesca corporación de la industria energética internacional, sufrió un colapso calamitoso e inesperado. Los grandes consorcios luchan por reducir sus gastos y mantenerse a flote mediante alianzas o fusiones con otras entidades financieras e industriales, y sobre todo, por el expediente de la reducción de personal asalariado. Como consecuencia de ello, la desocupación laboral sigue en aumento.

Como sucede en todos los casos de recesión económica, la demanda de productos básicos y materias primas ha decaído marcadamente, y por ello las exportaciones de los países periféricos hacia los centros industriales se ven afectadas de modo drástico. La consiguiente reducción del ingreso de los países en desarrollo por concepto de exportaciones no es compensado por la transitoria y ocasional transferencia de inversiones hacia las zonas de mano de obra barata.

Frente a un gobierno norteamericano conservador, que otorga casi toda su asistencia financiera anti-recesión a los empresarios o patronos y tácitamente los alienta a continuar el despido masivo de trabajadores, estos últimos deberían intensificar sus esfuerzos de movilización sindical defensiva. Así lo entiende en Estados Unidos la central sindical AFL-CIO y en ese sentido se mueve la estrategia política del opositor Partido Demócrata. También en Europa, las fuerzas laborales y de izquierda democrática dan algunas señales de vida. Sin embargo, los sucesos del 11 de septiembre de 2001 han afectado la unidad y la capacidad de lucha de otro importante factor de contrapeso al gran capital transnacional: el movimiento internacional contra la globalización neoliberal. La alianza de organismos no gubernamentales y de fuerzas sociales de diversa índole que, en lugar de esa mundialización dominada por el dinero, quisiera promover la cooperación internacional de los pueblos y sus representaciones democráticas, se encuentra dividida

entre su mayoría sensata y opuesta a la violencia, y la minoría integrada por vándalos y apologistas del terrorismo. Sin embargo, el movimiento seguramente volverá a la acción efectiva una vez que la mayoría se haya deslindado tajantemente de la minoría.

Guerra antiterrorista: éxitos militares, inmovilismo político y social

Durante los dos meses pasados, la alianza militar dirigida por Estados Unidos, con el Reino Unido como su valioso auxiliar, logró la victoria militar completa en Afganistán, que tantos "expertos" críticos habían calificado de "imposible". Se equivocaron quienes pronosticaron "un segundo Vietnam", del cual los norteamericanos saldrían con las tablas en la cabeza. Las dos situaciones son histórica y moralmente distintas. En Vietnam, EE.UU. llevaba a cabo una guerra injusta contra un pueblo en lucha por su liberación nacional y social, en tanto que en Afganistán intervino en nombre de elementales principios de seguridad y de justicia, con el visto bueno de las Naciones Unidas, para acabar con un régimen de fanáticos y malandros opresores, repudiados por la propia población del país como también por la vasta comunidad mundial de los musulmanes decentes y racionales. Aún no se ha logrado capturar a Bin Laden y al mulá Omar, pero no cabe duda de que el terrorismo y sus amigos y cómplices han recibido un golpe duro, y que la potencia norteamericana se ha hecho respetar como en pocas ocasiones anteriores.

Sin embargo, una verdadera victoria definitiva sobre el terrorismo transnacional y el fundamentalismo que lo engendra requiere una estrategia que vaya mucho más allá de la acción militar. Estados Unidos –agredida con saña criminal injustificable el 11 de septiembre– debería iniciar el proceso de reflexión autocrítica solicitado por las fuerzas progresistas de la propia Norteamérica, para entender que su predominio imperial ha sido ejercido, a ratos, con dureza y con incompreensión de los derechos materiales, políticos y culturales de otros pueblos. Aunque él mismo es nacionalista ("patriota"), el norteamericano medio tiene dificultades en entender

el afán de otros pueblos a afirmar y defender su propia identidad nacional. A veces cree que con una (escasa e insuficiente) ayuda económica puede comprar la sumisión de naciones del mundo periférico, ignorando la suprema importancia del respeto a la dignidad y la autonomía nacionales y culturales. "No sólo de pan vive el hombre". Las intervenciones armadas en diversos países, el arrogante unilateralismo que rechaza la concertación internacional y los compromisos multilaterales, el carácter ventajista y desigual de las relaciones económicas Norte-Sur: todo ello debe ser objeto de una profunda y desgarradora reflexión y revisión por parte, no sólo de Estados Unidos, sino también de sus principales socios y aliados miembros de la OCDE y de la OTAN. Paralelamente a la represión antiterrorista militar y policial, deben abrirse negociaciones con el mundo islámico, con el Tercer Mundo en general, con las ONG serias y progresistas, e incluso con los propios fundamentalistas, para ir construyendo, paso a paso, un sistema de seguridad basado en la confianza y la no violencia. Debe darse a la ONU toda la consideración que se merece y abrirle todo el espacio que necesita para cumplir su gran misión. Además, Estados Unidos y sus aliados de la OTAN deben abstenerse de restringir sus propias libertades democráticas internas bajo el pretexto de la vigilancia antiterrorista.

Evidentemente, para adoptar tales medidas y acompañar la represión con una auténtica reforma internacional, la primera potencia del mundo necesitará autoridades políticas diferentes de las que tiene: menos sumisas ante las presiones de sectores privilegiados, más vinculadas a la causa del Hombre Común contado y cantado por Walt Whitman.

Violencia y mediocridad en el Medio Oriente

Desde la década de los años noventa, existe un proceso de paz israelo-palestino lanzado por los buenos oficios de socialdemócratas escandinavos y austríacos. Yasir Arafat, líder palestino ilustrado y amplio (antisionista pero no antijudío) encontró un digno interlocutor en la persona de Isaac Rabin, gobernante laborista israelí, dispuesto a buscar la

paz a través de la fórmula "tierras por paz", es decir, devolución de territorios palestinos ocupados en 1967, a cambio del reconocimiento por los árabes del derecho de Israel a una existencia segura.

Luego de graves y repetidos contra-tempos, el proceso de paz avanzó de modo esperanzador. Pero para el año 2000 naufragó lamentablemente. Tanto del lado judío como del palestino, corrientes nacionalistas reaccionarias y agresivas se alzaron contra los estadistas pacificadores, sabotearon su labor, los quitaron del medio, e hicieron todo lo posible para provocar nuevas hostilidades. Mientras Arafat, con fallas e imperfecciones, mantuvo una línea consecuente a favor del proceso de paz, los dirigentes de la derecha israelí –primero Netanyahu y ahora el temible Sharon– de modo cada vez más evidente procuraron torpedearlo. Estalló la nueva "intifada" (insurrección civil palestina contra las autoridades israelíes), junto con lamentables y terribles actos terroristas árabes que Arafat no logra impedir, y actos de contra-terrorismo israelí.

Los buenos oficios norteamericanos no traen ningún resultado positivo, debido en buena parte a que el bando árabe no confía en la objetividad de Washington. Los elementos democráticos y sinceramente ansiosos de paz, tanto árabes como judíos y del mundo entero, opinan que el proceso de paz sólo podría ser resucitado a través de una actuación mediadora de las Naciones Unidas y posiblemente de la Unión Europea, y bajo la condición de que Ariel Sharon sea sustituido por un gobernante israelí menos intransigente.

Tensión extrema en Asia del Sur

La pugna entre India y Pakistán por el territorio en disputa de Cachemira se ha tornado grave, sobre todo en vista de que ambos países poseen armas atómicas. En nuestro análisis del mes próximo, esperamos comentar detalladamente este conflicto, sus causas, su desenvolvimiento y sus perspectivas futuras.

Del mismo modo, dejamos para otra ocasión el análisis de la evolución reciente de la Unión Europea, de Europa del Este, Rusia y China.

Las Américas entre presiones y angustias

Por su acrecentado temor ante el terrorismo internacional, Estados Unidos ha comenzado a adoptar una actitud cada vez más vigilante ante la crisis colombiana, con una creciente disposición a intervenir más directamente en ese conflicto. Esa actitud vigilante se ha visto reforzada por la preocupación estadounidense ante las actitudes radicales y agresivas del presidente venezolano Hugo Chávez Frías con respecto a la hegemonía de la potencia del Norte, su posición ambigua ante el problema del terrorismo, su campaña contra el "neoliberalismo salvaje", sus gestos autoritarios y atentatorios contra la libertad de empresa y de expresión, y sus manifestaciones de simpatía hacia los modelos comunistas pasados y presentes. Probablemente alentado por los Estados Unidos, el presidente colombiano Andrés Pastrana ha adoptado una línea más firme hacia los guerrilleros. En Washington se acaba de designar –pese a la oposición demócrata– al embajador Otto Reich (antiizquierdista duro, de origen cubano) como secretario de estado adjunto para asuntos hemisféricos. Evidentemente, Estados Unidos se prepara a enfrentar la eventualidad de un surgimiento radical conjunto colombo-venezolano.

Por otro lado, América Latina se ve afectada indirectamente por la grave crisis económica y financiera de Argentina, históricamente debida a una sucesión de políticas desacertadas, tanto de tipo populista, como de tipo neoliberal. El prometedor ensayo integracionista que es Mercosur, y todos los esquemas de integración latinoamericanos, podrían eventualmente quedar aniquilados si no se logra, en un lapso relativamente breve, controlar la crisis argentina.

DEMETRIO BOERSNER

DR. EN CIENCIAS POLÍTICAS. EMBAJADOR DE VENEZUELA